

imposibilidad de continuar la defensa de la plaza. No ha bastado que M. Albert Hans, el más entusiasta panegirista de la guarnición de Querétaro, haya confesado honradamente en su carta al Director de *El Universal* que, «demostrar que la plaza de Querétaro caería en poder de los sitiadores aun sin la connivencia del Coronel López, sería un juego de palabras. *Es cierto que la rendición de la plaza no era sino cuestión de horas.*» (1) No ha bastado que el General Sóstenes Rocha, cuya alta competencia militar está fuera de toda duda, después de dar á conocer lo que se entiende por sorpresa en el tecnicismo militar, haya dicho: «... el 15 de Mayo de 1867, es una fecha gloriosísima que debe brillar con caracteres indelebles en las páginas de nuestra Historia, pues fué indudablemente el último suspiro del ridículo Imperio de Maximiliano. En ella, rindió su espada este audaz aventurero, y el aguerrido y numeroso ejército imperial con todos sus bravos jefes, dignos por su valor de mejor suerte, cayó prisionero de guerra en poder de las heroicas legiones de la República, perdiendo, además, todo su inmenso material de guerra.» (2) No ha bastado que D. Leonardo Márquez, el famoso Lugar-Teniente de Maximiliano, cuya alta competencia militar me he complacido siempre en reconocer, aunque deplorando el antipatriótico uso que hizo de sus grandes cualidades militares, haya lanzado sobre Ramírez de Arellano este justo reproche, el cual demuestra que el mencionado jefe no cumplió aquella madrugada con sus deberes de soldado: «Probada esta verdad, como lo queda—dice Márquez, refiriéndose á la sorpresa de Querétaro—resulta en consecuencia, que el Comandante General de Artillería, de la plaza de Querétaro, *ha perdido*

(1) Carta fechada en París, el 6 de Noviembre de 1896 y publicada por *El Universal*.

El texto dice: «aun con la connivencia del Coronel López.» Esta es una errata de las que el buen juicio de los lectores rectifica por sí solo, pues es claro que debe decir: «aun *sin* la connivencia, etc.

(2) *El Combate* de 13 de Agosto de 1889.

sus cincuenta y cinco piezas, todo su parque, todo su personal, su ganado y cuanto estaba á su cargo, sin disparar un tiro para defenderlo, sin saber siquiera cuándo ó cómo se perdió, y teniendo la gloria imperecedera de que los enemigos que fueron á hacerlo prisionero lo encontraran en su cama, durmiendo con la mayor tranquilidad y tuvieran hasta el trabajo de despertarlo.» No ha bastado que, el mismo Márquez, haya agregado más adelante, que: «... el Emperador que lo colmó de beneficios—á Arellano—*cayó en poder de sus enemigos* y perdió la vida *por el abandono y CRIMINAL PEREZA* de su Comandante General de Artillería, que se acostó á dormir, cuando si hubiera velado, *habría podido apercibirse de la traición y haber hecho inmediatamente un fuego vivo con sus cañones, que hubiera puesto sobre las armas á la guarnición y desbaratado el plan infame de la sorpresa.*» (1) No ha bastado que, todavía el mismo Márquez, haya extendido á la guarnición de Querétaro el anterior reproche á Arellano, diciendo con merecida justicia: «Y bien pudo con el tiempo llegar el caso de que nuestros sitiadores hubieran dado el asalto, tal vez tomado la plaza—Méjico—y héchonos pedazos; pero *nunca nos hubieran sorprendido*, aunque nos hubieran estado sitiando toda la vida.» No ha bastado, por último, que, siempre el mismo Márquez, termine su filípica con este durísimo reproche: «Cuando Arellano haga el servicio de esta manera—como él, Márquez, y sus ayudantes lo hacían—entonces podrá llamarse soldado; entretanto, no olvide que la sorpresa—se refiere al sorprendido—es el acto *más vergonzoso*, y que el oficial que se deja sorprender, echa sobre su rostro una mancha de negra y asquerosa tinta que no se borra jamás.» (2) Nó, nada de esto ha bastado y siguen repitiendo aún los recalcitrantes intervencionistas mejicanos, que sólo debióse á la traición la caída de Querétaro.

(1) Lo de infame no puede referirse á los sitiadores, pues el Derecho de Gentes autoriza apoderarse de una plaza por medio de la traición de los que la defienden.

(2) Obra citada, págs 141 á 147.

En la polémica suscitada por el Informe del General Escobedo, decía *La Voz de México*, en 2 de Agosto de 1889: «Desde el inolvidable día en que la plaza de Querétaro cayó en poder de las tropas republicanas, *sin esfuerzo alguno, sin resistencia de sus defensores, que tan denodados y heroicos* VENDÍAN CABAS SUS VIDAS á un enemigo de inmensa superioridad numérica y de inagotables recursos de toda especie, *defensores que estaban resueltos á romper el sitio ó á sucumbir gloriosamente en la empresa antes que entregarse maniatados, con MISERA COBARDÍA á un enemigo implacable*; desde entonces, decimos, desde los primeros instantes de la ocupación de Querétaro; cundió en todas las filas, así de los sitiados como de los sitiadores, la noticia de que el Coronel imperialista Miguel López, después de conferenciar reservadamente, sin testigo alguno, con el General Escobedo en la noche del 14 de Mayo, había hecho traición á su soberano, entregando el fuerte de la Cruz que le estaba confiado y era como la llave de la plaza, aprovechando el descanso en que esa noche estaban las tropas para intentar á otro día la ruptura del sitio, y guiando á los republicanos para que cayeran de improviso sobre sus contrarios que dormían tranquilos y confiados en la vigilancia de López y de LOS DEMÁS JEFES Y TROPA de servicio activo en esa noche nefasta.»

Los defensores de Querétaro, que tan denodada y heroicamente se habían batido en las diversas impetuosas salidas del bravo General Miramón, habían perdido ya, al llegar la hora suprema del asalto á la plaza, el denuedo y el heroísmo de que habían dado, durante el sitio, pruebas tan claras como brillantes; y, en vez de tratar de sucumbir gloriosamente, se entregaron maniatados, no afirmaré que con *miserable cobardía*—como dice *La Voz de México*—sino con *invencible desaliento* á un enemigo tan implacable que, exceptuando á Méndez y á los fusilados del Cerro de las Campanas, perdonó á todos los demás. Todo esfuerzo es proporcionado á la resistencia que doble-

ga. Para romper lo frágil no se hace sino un esfuerzo insignificante. Las tropas sitiadoras habían vencido con gran esfuerzo á los sitiados en todas sus salidas, y principalmente en la del 27 del Abril: por eso la batalla del Cimatarío es el episodio más glorioso del sitio. Así redujeron á aquel ejército, antes tan denodado, á la impotencia más absoluta; y cuando el 15 de Mayo asaltaron la plaza, pudieron apoderarse de ella, casi sin esfuerzo; porque no encontraron más obstáculo, que una aislada defensa en la Casa Blanca, un conato de lucha en la línea de San Gregorio á San Sebastián y un simulacro de resistencia en el Cerro de las Campanas!

No se crea que la sorpresa de la Cruz imposibilitaba la defensa ó eximía á las tropas que guarnecían el resto del perímetro fortificado de resistir al asalto de los sitiadores. La obligación de esas tropas era luchar, luchar á todo trance, hasta vencer, hasta morir, ó hasta que su jefe y Emperador ordenara la rendición.

La caída por sorpresa, intervenga ó nó en ella la traición, de uno de los puntos de la línea fortificada, no implica necesariamente la caída de una plaza. Este es, precisamente, uno de los casos en que el denuedo heroico contraresta las innegables ventajas de la sorpresa. La Historia nos demuestra con un brillante ejemplo que no son únicamente bellas teorías las que acabo de exponer, sino que pueden ser llevadas, y ya lo han sido, al terreno de la realidad.

«Hemos visto también—dice el General Thoumas—la sorpresa de Cremona, burlada en 1702 por el azar y por la *energía de la guarnición*. Al principio sé había logrado, gracias á la *connivencia de algunos habitantes* que habían indicado al Príncipe Eugenio el famoso acueducto por el cual penetraron en la plaza, durante la noche, quinientos hombres escogidos, que abrieron una de las puertas al despuntar el día. Quiso la casualidad que el Coronel de uno de los regimientos de la guarnición hubiese

reunido, precisamente aquella mañana, al suyo para hacer ejercicio. Habiendo encontrado á los enemigos, fué dada la alarma, se corrió á los parapetos y se cerraron las puertas; el Príncipe Eugenio, un momento vencedor, se escapó con gran trabajo, llevando prisionero al Mariscal de Villeroy; lo que dió lugar á este bien conocido epigrama: «Hemos recuperado á Cremona y perdido á nuestro General.» (1)

Querétaro estaba sitiado, Cremona libre. El Príncipe Eugenio arrojándose de improviso sobre Cremona podía esperar hallarla desprevenida, mientras que Escobedo al sorprender la Cruz, á pesar de la connivencia de López y del mismo Maximiliano, debía esperar que estuviesen prevenidos cuando menos, los jefes y oficiales que hacían aquella noche el servicio activo. En consecuencia, si en Cremona el azar dió la voz de alarma, en Querétaro debió darla el deber; y en Querétaro, como en Cremona, la energía de la guarnición debió, con heroico denuedo, hacer fracasar la obra de la sorpresa, ó intentarlo cuando menos. ¡No pasó así! Cuando por orden del General Vélez, las campanas de San Francisco anunciaron con su alegre repique la caída de la Cruz en poder de los sitiadores; cuando ese alegre repique daba, á las ya predispuestas columnas de asalto, la orden de ataque, y daba también á las tropas sitiadas el grito de alarma que á sus propios jefes tocaba haber dado, entonces, el alegre repique de las campanas de San Francisco produjo tal pánico en aquellas tropas, antes tan denodadas, que en vez de apercibirse á la lucha, sólo pensaron en la rendición ó en el ocultamiento.

El General Miramón, el valiente General Miramón, fué el único de todos aquellos jefes que hizo armas con-

(1) "Les Capitulations," pág. 348.—El Duque de Saint-Simon ha descrito admirablemente la sorpresa de Cremona, frustrada por el valor y la energía de la guarnición. El Coronel aludido se llamaba D'Entragues, el acueducto terminaba en la cueva de una casa habitada por un sacerdote y cercana á una puerta de la ciudad que se hallaba tapiada.

tra el enemigo triunfante; pero en simple personal defensa, no tratando de organizar una resistencia que sabía era muy inútil intentar con aquellas tropas desmoralizadas. Miramón, herido y abandonado, tuvo que refugiarse en la casa de un médico, que extrayéndole una bala le devolviese su libertad de acción. Méndez era también un valiente y, sin embargo, á la hora del asalto no pensó en batirse sino en ocultarse. Mejía, á quien Maximiliano, en su carta á Lares, hiciera el injusto reproche de haber abandonado el servicio á «pretexto» de enfermedad, Mejía fué el único de los generales que acudió espontáneamente al Cerro de las Campanas, dispuesto á morir heroicamente al lado de su Emperador. Y el Regimiento de la Emperatriz fué también el único que se tendió en correcta formación al pié de las Campanas, dispuesto á obedecer las órdenes superiores.

Por eso, en otra ocasión he podido decir con entera verdad: Si algo pinta el abatimiento y la desmoralización de las tropas y de los jefes imperiales, es que nadie intentó la menor resistencia, que nadie dió la voz de alarma, que nadie lanzó el grito de ¡á las armas! Aquel ejército hambriento y abatido deseaba llegar á un término, cualquiera que fuese. Por eso nuestras columnas, dispuestas á dar un asalto general, no encontraron, en los parapetos de la plaza, sino soldados que pedían clemencia ó soldados que vitoreaban á la libertad!

Ya sobre el Cerro de las Campanas, el Archiduque preguntó á Mejía si, á través de las líneas republicanas, podrían ganar el camino de la Sierra. «Señor contestóle Mejía, pasar es imposible, pero si V. M. lo ordena, aun es tiempo de morir.» El Archiduque era un valiente que, según ha referido su oficial de órdenes Pradillo, acababa de decir en la Cruz: «Salir de aquí ó morir, único camino.» Y, sin embargo, no atendió la indicación heroica de su general indígena, ni buscó, como el Duque de Joyeuse en Coutras, una muerte gloriosa, sino que rindió su es-

pada al representante en aquel lugar de la República. ¡Así convenía á la vindicación de nuestra causa! El monarca usurpador que había atentado á nuestra independencia, no debía caer sobre el campo de batalla, ¡debía morir ajusticiado por nuestra nacional soberanía!

EL IMPERIO VENCIDO.

El Gobierno Nacional ordenando la concentración de nuestras fuerzas para formar el ejército de Operaciones y dándolas por Generalísimo al vencedor de Santa Gertrudis y de San Jacinto, abría la campaña final contra el Imperio. No se trataba en ella de apoderarse de una ciudad determinada ó de destruir uno cualquiera de los ejércitos imperiales. Calpulalpam y Jalatlaco habían enseñado que mientras los principales jefes lograran escaparse, la Hidra reaccionaria y traidora volvería de nuevo á levantarse. Era indispensable herir en la cabeza, si se quería matar para siempre al imperio nacido de la invasión extranjera y la infidencia mejicana. Las instrucciones dadas al General Escobedo prescribían que, evitando una batalla campal, obligáse á los generales enemigos á encerrarse en una plaza, donde serían sitiados y donde se verían obligados á vencer, á morir ó á entregarse sin condiciones. La resolución de Maximiliano, instigado por Lares, de ponerse al frente del Ejército y su torpeza de encerrarse en Querétaro, sirvieron admirablemente á las miras de nuestro Gobierno, quitando al monarca intruso y usurpador la posibilidad de dirigirse á un puerto y de burlar á nuestra Justicia Nacional, embarcándose para Europa. Así es que, en esta ocasión, el Ejército sitiador de Querétaro no tenía por objetivo la posesión de una ciudad, sino la captura de Maximiliano y de sus Generales. Por eso las instrucciones del Gobierno prevenían al General Escobedo que no aventurase un asalto, sino cuando tuviese la seguridad de que Maximiliano y sus generales no podrían evadirse, aprovechando la confusión del combate.

El Imperio carecía de Ley de sucesión y el titulado Emperador carecía á su vez de herederos reconocidos ó presuntos. En su afán de derrocar al Gobierno liberal, los prohombres intervencionistas habían proclamado al candidato impuesto por Napoleón III, y en vez de elegir á un Príncipe que ya tuviese hijos, eligieron á otro que era improbable, ya no incierto, que llegase á tenerlos. Este es uno de los puntos en que resalta con mayor claridad, la falsía de quienes, apoyados en las bayonetas francesas, dieron á Maximiliano de Hapsburgo el título de Emperador. Los intervencionistas mejicanos—lo he dicho ya otra vez—en su afán de paliar su traición á la Patria, han dicho que buscaron en el Imperio un gobierno firme, un gobierno estable, un gobierno incommovible. Y ¡cruel ironía! para fundar esa estabilidad, no encontraron nada mejor que la creación de una monarquía *hereditaria*, con un príncipe *sin herederos*.

De tal manera era un gobierno personal el representado por Maximiliano, que el insigne escritor argentino, D. Héctor F. Varela, pudo decir con verdad, refiriéndose al ajusticiamiento del Archiduque: «No se fusilaba á un hombre, se fusilaba al Imperio.» Y yo, á mi vez, pude también decir con entera verdad, pocos días, muy pocos días antes de la muerte del glorioso vencedor del Imperio, las siguientes palabras: El 15 de Mayo de 1867, Fernando Maximiliano de Hapsburgo entregaba su espada, que el General Escobedo recibía en nombre de la República victoriosa. *¡Allí acabó el Imperio!* El General Pradillo, el hoy General Pradillo, ha referido que al despedirse Márquez de su Emperador, éste le dijo: «General, no olvide V. que el Imperio está hoy en Querétaro.» Esta frase era cierta; pero habría sido más exacta si dijera: General, no olvide V. que el Imperio está hoy en mi persona: ya que el Archiduque no tenía ni hijos ni sucesores. *¡Allí cayó el Imperio, con la captura de Maximiliano!* ¡QUE ESA ES LA TRISTE CONDICIÓN DE LOS GOBIERNOS PERSONALES!